

CINCO ASPECTOS FUNDAMENTALES DEL PROCESO ECONÓMICO GLOBALIZADO

*Dr. Luis Bortesi Longhi**

INTRODUCCIÓN

Antes de abordar cinco aspectos que caracterizan el proceso moderno de producción, es preciso analizar brevemente qué es la globalización, porque es en el mundo de la globalización donde se plantea “el terreno de juego”, o lo que se dice en lenguaje militar, “el teatro de operaciones”.

Globalización, mundialización, aldea global, son dicciones recientes para sintetizar una realidad muy actual que ha cambiado radicalmente el espacio y la velocidad, convirtiendo al planeta en una especie de pequeña pelotita.

La tecnología de las comunicaciones es la principal responsable de esta asombrosa innovación, donde en ocasiones el espacio se reduce a cero (el caso del fax, por ejemplo), el transporte es mucho más veloz y masivo y, sobre todo, las comunicaciones y la información –ya por el cable de la TV y particularmente por la Internet–, determinan en el mundo una especie de simultaneidad dinámica que elimina las distancias y acorta los tiempos.

Diferente al concepto de globalización es el de “integración”, porque este supone la voluntad política de asociación regional y económica renunciando el Estado, parcialmente, a la soberanía para abrazar una geopolítica más amplia que compromete lo económico, lo financiero, lo social y lo cultural; reconociéndose, incluso, organismos supranatales con jurisdicción en lo penal, en lo político

(parlamento), en lo comercial y, al límite, la moneda única.

Hecho este prefacio, pasaré a ocuparme de cinco características del proceso productivo en el marco de la globalización contemporánea.

1. INFLUENCIA DEL MERCADO FINANCIERO

El mercado de capitales ha cobrado recientemente un auge y una vitalidad que nunca alcanzó en otros tiempos. En forma paralela los instrumentos financieros se han sofisticado y han aparecido nuevos papeles que cada vez influyen más en las posibilidades de la economía real, esto es, en el proceso productivo.

Además de la financiación, vía acciones y bonos en sus variadas fórmulas, ahora se cuenta con fondos de cobertura, mutuos, derivados, opciones y futuros, etc. Todos estos instrumentos financieros que han asumido la preponderancia, antes que la economía, y que a la vez que abren enormes posibilidades a la inversión, y por lo tanto al crecimiento nacional medido en el PBI, también implican muy graves riesgos e inestabilidad.

Dentro del fenómeno de la globalización se advierte, permanentemente, lo vertiginoso del cambio y también, en los mercados financieros, la propensión especulativa (a veces voraz) que se llama la “volatilidad” que puede traer como consecuencia una crisis bursátil, como la asiática, una fuerte y traumática devaluación de la moneda

* *Profesor Auxiliar de la Facultad de Ciencias Contables*

y, lamentablemente, puede infligir a un país la debacle fatal –incluida la caída del gobierno– como acaba de ocurrir en la Argentina.

2. TECNOLOGÍA Y PRODUCTIVIDAD

Una exigencia para que la industria sea capaz y competitiva es que se organice en magnitud de economía de escala, lo que quiere decir que por razón del tamaño de producción y la técnica moderna, los costos fijos tienden a reducirse hasta niveles ínfimos, como consecuencia de lo cual el costo unitario baja en forma impresionante desplazando en la competencia a cualquier industria tradicional con técnicas devenidas en obsoletas y anulando a todas las empresas que trabajan al margen de la “economía de escala”.

En la modernización del proceso productivo en el mundo globalizado y competitivo, resulta imprescindible consagrar recursos importantes a la investigación y desarrollo (*Research and Development*). Los presupuestos dedicados a la innovación tecnológica proceden tanto del gobierno como de fundaciones y empresas privadas.

Está demostrado que los países desarrollados y aquéllos que se encuentran más cerca de lograr esa calificación (como por ejemplo Taiwán, Korea, y en América Latina, Chile), promueven centros de investigación como organismos descentralizados del Estado, pero también estimulan avanzados centros de investigación en las universidades y privilegian tributariamente a las empresas que reinvierten en investigación y tecnología.

3. PACTOS EN MERCADOS COMUNES

El proceso productivo depende del mercado. Un proyecto de inversión se justifica en la medida en la que en el estudio se demuestre que tendrá mercado; y con esa base, se determinarán los elementos esenciales de la futura empresa, a saber, el tamaño, la facturación, etc., y como consecuencia, la evaluación de su

viabilidad, es decir, rentabilidad y costo-beneficio. Pero en todos los casos el estudio de mercado es el primer y más importante paso para justificar la inversión.

Ahora bien, a raíz de la globalización la dimensión y alcance del mercado tienen una perspectiva completamente modificada; lo que se viene acentuando, cada vez más a partir de los años noventa. Ello se debe a los procesos de integración, a los que me referí en la introducción del presente escrito, y a la consecuente aparición del “mercado común”.

La globalización crea enormes posibilidades de ampliar la envergadura de la demanda y, por lo tanto, de generar empleo, divisas por exportaciones, aumentar la recaudación fiscal y, en general, acceder a los grandes beneficios del desarrollo económico.

El mercado común, que configura uno de los primeros progresos del proceso de integración, significa eliminar, o por lo menos reducir considerablemente, las trabas de comercio exterior entre los países miembros. La principal traba, por supuesto, son los aranceles o impuestos a las importaciones. Al eliminarse, el país expone a la competencia su industria nacional, deja además de percibir una gruesa partida en el presupuesto de ingresos (en el Perú entre selectivo, IGV e impuesto general esa suma representa US \$ 1850 millones), pero en cambio accede a una demanda potencial que agiganta su situación individual.

El Perú ha suscrito en primer lugar el “Pacto Andino” (ahora Comunidad Andina de Naciones) que asocia a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. La población involucrada es de 117 millones, el PBI es de 290 mil millones de dólares y el área geográfica abarca 4 719 000 kilómetros cuadrados.

Pero, pese a que el “Acuerdo de Cartagena” donde se suscribe la partida de nacimiento del GRAN (Grupo Andino), data de 1969, en más de 30 años muy poco es lo que se ha avanzado. Lejos estamos del mercado común.

También nos hemos adherido a la integración en el APEC (*Asian Pacific Economic Cooperation*) donde el único país Sudamericano que logró acompañarnos es Chile. El APEC está compuesto por 21 economías de enorme potencia como USA, China, Japón, Canadá, Corea del Sur, Hong Kong...

De prosperar, será sin ninguna duda el bloque económico más poderoso del planeta. Su meta es la promoción del libre mercado a través de la eliminación de barreras y obstáculos al comercio y a la inversión. En este sentido las economías más desarrolladas se han comprometido a liberalizar el comercio para el año 2010, mientras que las economías en desarrollo, como el Perú, podrán completar el proceso hacia el año 2020.

Recientemente se celebró la asamblea de la APEC en Beijing y el presidente Toledo, que encabezó nuestra nutrida delegación, mostró un extraordinario optimismo por el futuro del APEC y la oportunidad que seguramente le será brindada al Perú en la organización.

Otro mercado común que promueve vigorosamente Estados Unidos es el ALCA, o Área de Libre Comercio de las Américas. Desde el año 1995 se han celebrado consecutivas reuniones a partir de la “Cumbre de las Américas” en Miami y la reunión ministerial en Denver, Colorado, celebrada en junio de 1995.

Están agrupadas las 34 democracias de la región, todo norte, centro y Sudamérica (la única excepción es Cuba), y se ha proyectado, no obstante la tragedia del 11 de setiembre, que para diciembre del año 2005 se culminará el proceso de negociaciones. Un factor limitante del ALCA es que entre los 34 países se encuentran extraordinarias asimetrías (USA, Brasil, Canadá, México, frente a Bolivia, Guatemala, Haití, etc) por lo que será imperativo disponer criterios compensatorios para que la integración tenga éxito.

De lo expresado hasta aquí en materia de mercados comunes, cabría plantearse una pregunta inquietante: ¿Le conviene al Perú suscribir acuerdos de integración en todas partes, abarcando compromisos que acaso puedan debilitarlo? Porque también con el MERCOSUR se tomaron iniciativas preliminares (ahora con la catástrofe argentina el MERCOSUR entra en letargo); ¿conviene, tal vez, priorizar tratos bilaterales más simples y por lo tanto más viables como los que el Perú sostiene con Chile? La respuesta es afirmativa. Bien se dice que el que mucho abarca poco aprieta; dispersar estrategias comerciales podría significar alargar los plazos y complicar las negociaciones.

Para finalizar este tercer acápite conviene plantear el tema de la competencia. El consenso general admite sin discusión que la globalización impone reglas de severa lucha por el mercado hasta el extremo de la aniquilación del rival, sin tregua ni piedad. Se está incubando la cultura de la guerra a muerte, la ley del más fuerte (o del más astuto, o más afortunado) donde el que no está preparado para la contienda perecerá sin remedio. Esta agresiva aseveración, al estilo de la edad de piedra, trae consigo una sensación de violencia y de angustia que dice mal de la pretendida “civilización moderna”.

Porque poco vale que se disponga en la sociedad de adelantos tecnológicos que proporcionen confort si un sector (y no poco importante) de la población será derrotado, marginado y desempleado por el prurito de la competencia.

La solución de este drama está en la magia de la cooperación y la solidaridad. Así como el sabio escocés Adam Smith (profesor de filosofía moral en Glasgow) descubrió que la riqueza de las naciones radica en la organización del trabajo, asimismo en los vastísimos espacios modernos de los procesos de integración regional se debe acordar una organización que disponga que cada país produzca aquello para lo cual está

mayormente calificado, evitando la controversia o enfrentamiento y alentando, más bien, la complementariedad, según la ventaja natural reconocida y planificada en forma pacífica, cordial, inteligente; en una palabra, en forma civilizada, lo que elevaría a nuestra convulsionada sociedad moderna a una verdadera y legítima calificación de “superior” con relación a la barbarie.

Pero, desafortunadamente, tales valores sociales son inexistentes en la cultura actual, sino que por el contrario, la codicia por el dinero, la violencia y la destrucción ecológica son signos patéticos que marcan nuestros tiempos.

Esta es la explicación de las crisis cada vez más agudas que se experimentan generalizadas en toda la faz de la tierra.

4. LA REINGENIERÍA

La globalización y la vertiginosidad de los acontecimientos determinan que la única constante sea el cambio. Resulta verdaderamente paradójico (y a primera vista contradictorio), que la constante sea la inconstancia, pero esto es verdad y nadie lo niega.

Como consecuencia de lo antedicho, se imponen nuevas exigencias, particularmente, para la calificación de los empresarios y los líderes, exigencias que de no ser satisfechas causarían la ruina de la organización; y tanto vale esto para el ejercicio, en el ámbito microeconómico, como para la política económica general.

La reingeniería, cuya virtud es la creatividad, es la toma de conciencia que recientemente ha calado hondo en los responsables de las organizaciones de todo tipo; y consiste en reconocer que la rutina puede convertirse en el peor enemigo y que por lo tanto hay que mantener un estado lúcido de alerta constante que apunte a cuestionar todo aquello que se da por supuesto, desde los esquemas de organización hasta los métodos cotidianos domésticos. La

reingeniería viene así a constituirse en una actitud, en una cultura de lo pragmático, que debe tolerar todo tipo de crítica para dinamizar la administración y hacerla moderna, actualizada y eficiente.

Varios son los requisitos para calificar la excelencia del líder: carisma, seguridad en sí mismo, conocimiento, audacia, pueden considerarse importantes. Sin embargo, la adaptación al cambio y el “olfato” para preverlo resulta hoy en día la cualidad más estimable que adorna al líder. Y éste para competir en el planeta del siglo XXI debe practicar (a diario) la cultura de la reingeniería que podríamos también llamar de la imaginación y la creatividad.

5. EL CENTRO Y LA PERIFERIA

El poderoso e influyente financista húngaro George Soros dice que él se figura el sistema capitalista global como “un gigantesco sistema circulatorio” que toma capital en los mercados financieros y las instituciones financieras del centro y después los bombea a la periferia, directamente en forma de créditos e inversiones de cartera o indirectamente a través de corporaciones multinacionales.

Muy interesante la figura que ofrece este magnate que supo adivinar por cuáles fisuras se le podría sacar provecho a la globalización, y que acumuló una de las fortunas personales más grandes de la historia. Fue severamente cuestionado y ahora además de triunfador es filántropo y escritor. En su libro más reciente dice que “el sistema se desplomará” y, más adelante, “no tengo duda, sin embargo, al afirmar que el sistema capitalista sucumbirá a sus defectos...”¹.

Cuando se habla del centro y la periferia no se tiene en cuenta factores físicos o geográficos sino funcionales e institucionales. Efectivamente, estamos frente a una nueva realidad (la globa-

George Soros “La crisis del capitalismo global”. En *La sociedad abierta en peligro*, Edit. Plaza-Janés, 1999, p- 165.

lización precisamente), y no es el mosaico de países, estado-nación, repúblicas, lo que configura el rol de los principales actores del proceso económico y financiero del mundo.

Aquel mosaico ha sido remplazado por centros financieros (fundamentalmente New York, Londres y Tokio); por organismos internacionales (el Banco Mundial, el FMI y la OMC principalmente) y por grandes empresas multinacionales como la automovilística, la química y la informática, existiendo una actividad de fusión sin precedentes y aparición de monopolios y oligopolios que conmueven y preocupan porque rebasan el marco tradicional (Microsoft e Intel están al borde de ser monopolios mundiales).

Mucho se podría inquirir acerca de los organismos internacionales, pero, sin ninguna duda, la principal interrogante que sugieren es la de saber si están contribuyendo a mejorar la vida en el planeta, es decir, si realmente estamos progresando. Esa es, en efecto, la pregunta. Todo lo demás resulta accesorio.

Lo cierto es que las naciones pobres lo son cada vez más y el desempleo alcanza tamaños espantosos. El centro y cuantos tienen asiento y dominio sobre él, se benefician en detrimento de la periferia y la sensación de injusticia es común en los países en vías de desarrollo. El símbolo más patético es el de la deuda pública exterior que, por la dinámica propia de los intereses, crece constantemente y su peso condena amargamente a los deudores. El rol del FMI es severamente criticado por obsoleto y capitalista, porque su principal preocupación final es que los países cumplan sus obligaciones, con prescindencia de consideraciones sociales.

Para referirnos al centro, desde otra perspectiva, se debe revisar el concepto de "potencia". La verdadera potencia no califica como tal solamente por la magnitud de su industria. Los países (el grupo de los siete) USA, Alemania, Francia, Reino Unido, Italia, Canadá y Japón son los que encabezan la lista de las economías más fuertes, pero no todos ellos son "potencias". Para serlo, el requisito concomitante

es la capacidad militar, la fuerza (destruktiva y disuasiva) de que se disponga, porque, mal nos guste, el mundo globalizado es violento y peligroso.

Esto supuesto, los "centros" que por la magnitud de su economía y por su fuerza son "potencias" vigentes, serían los Estados Unidos, China, Reino Unido y Francia. Ningún otro.

Finalmente, se pueden distinguir los centros que se generan alrededor de las monedas duras. El rol que desempeña la política monetaria no es secundario sino de primer nivel, porque trasciende el límite puramente monetario y alcanza repercusiones definitivas en la política fiscal, en la inversión, en el ahorro y en el comercio internacional. Uno de los requisitos indispensables en la estabilidad, es la solidez de la moneda—"la divisa"—que en conjunción con la seguridad jurídica y el estado de derecho construyen la base, como medio y no como fin, para la prosperidad económica.

La configuración monetaria, a partir del año 2002, ubica al dólar en primer lugar y al naciente euro en el segundo. Existen, sin embargo, dos "cabos sueltos" que podrían originar subcentros en torno a la libra esterlina, porque el Reino Unido, aunque miembro de la Comunidad Europea, no se adhirió a la comunidad monetaria, y en torno al yen japonés en una medida bastante menor.

Se puede anticipar que los países deberán tener bien en cuenta la cuestión de los centros monetarios porque, en esta materia, pertenecer al centro o a la periferia siempre traerá ventajas y desventajas. Es decir mantener una política monetaria doméstica o inscribirse en un centro monetario representará una alternativa de importantes consecuencias. Lo que nunca hay que olvidar es que el signo monetario es un instrumento, un medio, nunca un fin. Debe concebirse como un resultado de equilibrio entre la economía del país, sus finanzas y la posición fiscal, cotejadas todas estas variables a la luz del análisis de la realidad internacional, que en el mundo globalizado desempeña la función de servomecanismo de mediano plazo.